

Aunque de vieja data son las tensiones entre China y Tíbet, los acontecimientos de las últimas cinco décadas han despertado un creciente interés internacional por los graves problemas que enfrentan a la República Popular China con su denominada Región Autónoma del Tíbet. Se recuerdan las manifestaciones del año pasado en varias ciudades del mundo que, para protestar contra la actuación de las autoridades chinas en Tíbet, recibieron con hostilidad la llama olímpica que precedió los juegos de Beijing. También son frecuentes los honores que recibe el actual y exiliado Dalai Lama, líder espiritual y político de la nación tibetana, gestos que son rechazados como inamistosos por parte de los gobernantes chinos.

En 1989 se distribuyó ampliamente desde Beijing un folleto oficial en inglés titulado *Las 100 preguntas acerca del Tíbet*, cuyo objeto central era “ser de utilidad para todos aquellos interesados en conocer y entender la verdad acerca del Tíbet” y en el cual se afirma que éste es parte integral e inalienable de la madre patria desde el siglo XIII. Conviene examinar esta cuestión.

Está documentado históricamente que desde principios del siglo VII y durante casi 300 años Tíbet fue un imperio independiente con una significativa fuerza militar que le permitió, por ejemplo, tomarse varios días la capital china de la entonces dinastía imperial Tang (618-907). Numerosos tratados de paz firmados entre los dos imperios ponen de presente el pie de igualdad de ambas partes. A partir del siglo XIII, Gengis Khan y sus descendientes establecieron uno de los imperios más poderosos que se hayan conocido, conquistaron a China y dieron origen a la dinastía Yuan (1279-1368) e incorporaron el Tíbet entre sus dominios. No hay duda de la dependencia del Tíbet con respecto a dicha dinastía, pero es importante mencionar que entre los jefes tibetanos y mongoles se acordó una relación sacerdote-patrón imposible de entender a la luz del actual derecho internacional. Pero resulta curioso que el folleto mencionado se apoye en lo relativo al imperio mongol y su presencia en China y Tíbet si se tiene en cuenta que los mongoles no eran chinos y podrían verse más bien como usurpadores del trono imperial. Tampoco son favorables las alegaciones que se refieren a la dinastía Qing (1644-1911), resultado de otra invasión al territorio chino, esta vez a cargo de los manchúes. Estos, al igual que los mongoles, adoptaron o protegieron el budismo imperante en el Tíbet.

En un esfuerzo poco convincente para justificar su posición frente al Tíbet, *Las 100 preguntas* sostienen que China nunca ha sido un imperio sino un país conformado por nacionalidades. Pero habría que señalar las enormes diferencias que existen entre China y Tíbet con respecto a cultura, historia, lengua y religión. Tampoco la geografía apoya mucho dicha posición: poco tiene que ver la meseta tibetana con alturas entre 4.000 y 5.000 metros, el “techo del mundo”, con las tierras relativamente bajas de China.

En 1959 se llevó a cabo en forma cruenta por parte de tropas chinas la llamada liberación del Tíbet, en realidad la supresión de una revuelta de los tibetanos que en su capital Lhasa se oponían a una eventual retención del Dalai y a la incorporación de su

país a China; este hecho motivó la salida de aquel hacia la India, en donde permanece hasta hoy. Es del caso destacar la secular pobreza y subdesarrollo del Tíbet, históricamente dominado por una clase de monjes budistas y en donde los monasterios fueron centros de un poder político y económico que contribuyó a mantener una inaceptable forma de servidumbre en el país.

El gobierno chino ha sostenido reiteradamente que el Dalai Lama alienta a los partidarios de una independencia total de Beijing y que es responsable de las manifestaciones violentas que tienen lugar en el Tíbet. Nada más alejado de la verdad. Basta conocer el extenso libro *La historia del Tíbet* en el que Thomas Laird sostiene conversaciones con aquel, la entrevista que le hiciera The New York Times al Dalai (<http://www.sacred-texts.com/bud/tib/nytimes.htm>) y su reciente conferencia en la Universidad de Harvard (<http://athome.harvard.edu/programs/dlv>) para constatar que él se opone a la violencia (fue una de las razones que llevaron a su distinción con el premio Nobel de la Paz en 1989) y que no exige independencia sino una genuina autonomía que permita a la nación conservar su cultura, lengua y religión.

PARENTESCO. Algunos comentaristas hablan del delito de parentesco y del estigma o responsabilidad que significa tener como pariente un delincuente. Un exabrupto y una tontería. Parece que subsisten algunos partidarios de aquel dicho: “Mientras ellos duermen, sus apellidos trabajan”.

LOS TURBANTES DE PIEDAD tienen un ilustre antecedente: un vistoso y colorido turbante, con frecuencia adornado por plumas de avestruz o pavo real, distinguió a Madame de Staël en su recorrido por ciudades europeas “dando opiniones y haciendo preguntas de hombre”. Fue tal vez la primera feminista de la historia, al igual que escritora, amante de la libertad y exquisita conversadora. En repetidas ocasiones, Napoleón ordenó mantenerla a buena distancia de París.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 18 de agosto de 2009